

APOTEOSIS DE LA FIDELIDAD CONYUGAL CANTADA POR HOMERO

EL CANTO 23 DE LA ODISEA

ANAGNÓRISIS DE PENÉLOPE

Canto cúpula del poema. Es la vuelta al hogar, es el encuentro con su esposa por la que había renunciado tantas comodidades y tan lisonjeras proposiciones y había vencido tantas dificultades... Es el reconocimiento final de los esposos, después de veinte años de ausencia y de pesares envejecedores... Es el triunfo de la prudencia y la apoteosis de la fidelidad. Por eso, entre todas las anagnórisis de la epopeya, ésta sólo llena toda la rapsodia.

¿Cómo el poeta la ha retrasado tanto? Hay razones de táctica y razones estéticas. La táctica aconsejada por el experimentado Agamenón y la perspicaz Atenea era conservar el secreto más absoluto hasta dar muerte a los pretendientes, no fuese que se estropease la hazaña. Ahora ya los ha matado, ahora ya se puede manifestar. Razón de estética es dejar para después de la trágica matanza este desahogo de los corazones, algo así como en la *Iliada* viene el descanso de los juegos después de la muerte de Héctor. Grande es la poesía absoluta de ambos cantos veintitrés de los dos poemas, pero su poesía relativa no es menor por el contraste de su colocación. ¿Pero no habrá sido violento para el lector tanto retraso? No. Porque el poeta, psicólogo perfecto, consciente de estas ansias del lector, las ha satisfecho con la que pudiéramos llamar anagnórisis del *incógnito*, cuando Ulises y Penélope en todo el canto 19 se reconocieron sin conocerse... con una poesía de presentimiento tan aromática y tan homérica.

Todo el encanto de esta rapsodia está en el estudio psicológico de la «prudencia» de Penélope y en el análisis del proceso tan laborioso que se verifica en su alma de esposa fidelísima para llegar a

la persuasión de que aquél era su auténtico esposo. Puede dividirse en tres partes naturales: antes del reconocimiento, en el reconocimiento y después del reconocimiento.

I. Antes del reconocimiento.

En esta primera parte pueden notarse tres reacciones, o tres etapas de la reacción de Penélope: a) Impresión.—b) Reflexión.—c) Expectación.

a) *Impresión.*

«La anciana subió riéndose al cuarto de arriba a carcajadas, a decir a su señora que su querido esposo estaba dentro... Las rodillas se le soltaban, los pies se le tropezaban... Se puso sobre su cabeza y la dijo: «Despierta, Penélope, querida hija, para que veas con tus ojos lo que estás esperando todos los días. Ha venido Ulises y a casa ha llegado... Aunque tarde ha llegado y ha matado los pretendientes soberbios que le destrozaban la casa y comían sus haciendas y atropellaban a su hijo».

«Entonces la contestó la prudente Penélope: «Ama querida, loca te han vuelto los dioses, que pueden dejar sin juicio aun a la persona más sensata, y al simple ponerle en prudencia. Ellos te han trastornado: que antes eras razonable. ¿Por qué te burlas de mí —teniendo el ánimo tan afligido— para decirme esas cosas extrañas, y me despiertas del sueño tan dulce que me había invadido y ligado mis párpados? Nunca he dormido tan profundamente desde que Ulises se fué a ver aquella Mala-Troya la nunca nombrable. Pero, mira, ahora bájate, vuelve otra vez a la sala. Porque si otra cualquiera de las mujeres que tengo me hubiese venido con ésto y me hubiese despertado del sueño, entonces bien pronto de malas maneras la hubiese yo despedido de vuelta a la sala... Pero a tí te lo ahorra tu edad...»

Y la querida nodriza Euriclea la contestó a su vez: «No me burlo de tí, hija querida, sino que es verdad que te ha llegado Ulises y ha venido a casa, como digo: el forastero aquel que todos deshonoraban en el palacio. Telémaco ya antes lo sabía que estaba dentro, pero por prudencia ocultó los planes de su padre, para que pudiese vengar la violencia de esos hombres inaguantables».

Así dijo, y Penélope regocijada saltó de la cama y abrazó a la anciana llorando de sus ojos...».

* * *

Es la primera impresión de Penélope, su primera reacción ante la noticia: gozo y alegría que se manifiesta en el saltar de la cama, en el abrazar a la anciana y en el llorar... Es el corazón de la esposa que reacciona vivamente ante la gratisima noticia tanto tiempo suspirada de la vuelta del esposo. El corazón de la esposa se traiciona... a pesar de su prudencia... Porque Penélope es ante todo la esposa prudente que teme ser engañada... Por eso parece fría, desconfiada. No es que sea fría, lo muestra este rasgo emotivo, pero es precavida... Y precisamente esta lucha del corazón con la prudencia, estas exigencias de la fidelidad ante el sentimiento, es lo que constituye la clave poética de esta rapsodia eminentemente psicológica.

El poeta prepara el primer contraste entre la alegría desbordante de Euriclea y la aparente frialdad de Penélope.

Euriclea sube riéndose y riéndose a carcajadas. No le cabe la risa en el cuerpo, porque no le cabe tampoco la alegría... No es para menos, porque sube a decirle que su esposo está en casa. Y la alegría del alma se comunica al cuerpo. Es la idealización, la armonización, la sintonización tan típica del polifónico Homero: las rodillas de la anciana se mueven solas, los pies se le adelantan y tropiezan de aprisa que van... ¡Con qué garbo la da noticia! «Despierta... Ha venido Ulises... Ha matado a los pretendientes... Despierta para que veas lo que tanto deseas...». La vuelta del esposo... La venganza... Aquí centra Euriclea todo su gozo, porque éste era también el gozo de su ama...

Pero ésta reacciona prudente y calculada dominando los latidos de su corazón. Digo mal: queriéndolos dominar. Porque tras sus palabras reservadas se trasluce su emoción: «¿Te has vuelto loca? ¿Por qué te ries de mí? Nunca he tenido un sueño tan dulce desde que Ulises marchó... Pero vuélvete, que si no fuera por tu edad...».

Esta desarmada amenaza del ama, este ineficaz mandarla volver, esta confesión del gratisimo sueño —«el más grato desde que Ulises se fué a esa Mala-Troya que no se debe nombrar»— sintonización, presentimiento, corazonada de ambientación tan psicológica, tan fisiológica, que tantas veces se suele dar—este llamar las noticias

«extrañas» y tratar de loca a la criada «que antes era tan cuerda», y pedirla que no se ría de ella... ¿qué es sino estar diciendo una cosa y sintiendo otra? ¿No lo dice la misma insistencia? Por eso en cuanto la criada confirma sus palabras y concreta quién es— «el forastero a quien todos injuriaban en el palacio» y con quien Penélope había hablado confidencialmente consultándole los últimos secretos de su corazón—y la trae el apoyo de Telémaco y el por qué de no descubrirlo antes... su corazón ya no puede resistir más y vence la barrera de la reflexión: «Llena de gozo salta de la cama, abraza a la nodriza y en los ojos asoman las lágrimas»...

b) *Reflexión.*

Pero pronto se impone otra vez la reflexión. Se la ofrecen dificultades. ¿No es demasiado lo que la dice para un hombre? Matar uno sólo a tantos criminales y estando juntos... ¿No será algún dios? Este es el segundo avance, en el que el poeta al mismo tiempo que poetiza la prudencia de la esposa hace el panegírico de la hazaña de él... y por boca de la misma esposa.

«Y hablando Penélope dijo a su criada estas aladas palabras: «Mira, dime, ama querida, toda la verdad. Si de veras ha llegado a casa como dices, ¿cómo pudo poner sus manos sobre los desvergonzados pretendientes siendo uno sólo y ellos estar siempre juntos dentro?»

Y entonces la contestó la buena nodriza Euriclea: «No lo ví, no lo oí, sólo escuché el quejido de los muertos. Nosotras en un rincón de las salas bien construídas estábamos sentadas aturdiditas, con las puertas bien cerradas, hasta que ya me llamó de la sala tu hijo Telémaco: que su padre le mandó a llamarme. Y encontré después a Ulises entre los cadáveres de los muertos de pie. Y ellos a su alrededor, tirados sobre el duro suelo, yacían amontonados. Al verle te hubieras regocijado el ánimo, manchado de sangre y polvo como un león... Ahora ellos están ya todos a las puertas del patio amontonados, él está azufrando la preciosa casa, con un gran fuego encendido. Y me ha mandado a llamarte. Con que sígueme para que podáis llegar los dos a regocijar vuestro corazón, ya que habéis sufrido tantos males... Ahora ya está cumpida esta gran esperanza: ha llegado él vivo a su casa, te ha encontrado a tí y a tu hijo en el pa-

lacio. Y a los criminales pretendientes que le hicieron mal, a todos los ha ajusticiado en su propia casa.

Y la dijo a su vez la prudente Penélope: «Ama querida, no te entusiasmes todavía con demasiado regocijo. Porque tú sabes qué bienvenida sería su presencia en estos palacios para todos, y en especial para mí y para su hijo, que engendramos. Pero no es eso verdad, como dices, sino que algunos de los inmortales mató a los pretendientes altivos, irritado por su amarga insolencia y sus malas obras. Porque a nadie respetaban de los hombres que habitan la tierra, ni malo ni bueno, que a ellos se acercara. Por eso por sus maldades han sufrido este mal. Pero Ulises perdió muy lejos la vuelta de Acaya y se perdió él también».

Entonces la contestó su querida nodriza Euriclea: «Hija mía, ¿qué palabras se te ha escapado del cerco de los dientes, que teniendo a tu esposo dentro junto al hogar, dices que no ha de volver a su casa? Tienes un ánimo siempre incrédulo. Pero mira, te voy a dar además una señal evidente, la cicatriz que le hizo una vez un jabalí con blanco diente. Se la ví al lavarse y quise decírtelo a tí, pero me tapó él la boca con las manos y no me dejó decírtelo, con gran sagacidad de su mente. Pero sígueme, que yo te apuesto mi vida; y si te engaño, mátame con la más triste muerte».

Y enseguida la contestó la prudente Penélope: «Ama querida, difícil es que tú caigas en la cuenta de las artes de los dioses inmortales, a pesar de toda tu sagacidad. Pero sin embargo, vamos a mi hijo para que yo vea a los pretendientes muertos y al que los mató».

* * *

Es el segundo avance, el de la reflexión. Penélope quiere apurar las razones en contra, cada vez más débiles, que parecen derretirse al fuego del corazón, cada vez más encendido, aunque siempre tras el cendal de una prudente reserva. La razón, es la única que le puede quedar ante la realidad de la hazaña. ¡Matar un hombre sólo a tantos pretendientes! ¿No será un ser superior, alguna divinidad? Son tantas las artes de los dioses...

Mientras ella propone y la criada responde a estas dificultades, el poeta va armonizando este motivo musical con la descripción de la hazaña — «las mujeres encerradas oyendo los gritos, Telémaco llamando a Euriclea, ésta viendo a Ulises entre los cadáveres de

pie, los cadáveres tirados por el suelo, amontonados...— Descripción que va golpeando el corazón de Penélope con la persuasión de la criada: «Hasta que vino a llamarme Telémaco, porque le mandó *su padre*»... Ella no duda. «Y encontré *a Ulises* —ella no duda— de pié entre los cadáveres. Y al verle te hubieras alegrado... El me ha mandado a buscarte... Gozad ya por fin los dos después de tanta desdicha... Ya se ha cumplido la gran esperanza: ya ha llegado él vivo, ya te ha encontrado a tí y a su hijo en el palacio. Y a los criminales pretendientes que le hicieron mal, ya los ha matado a todos...»

El corazón de Penélope se derrite: «Ya sabes qué bienvenida sería su presencia para todos, en especial para mí y para su hijo... pero no es verdad. Alguna deidad ha hecho ese escarmiento justiciero... Ulises ya pereció»... Y la persuasión de Euriclea sigue golpeando la débil potencia de la reina: «¡Cuidado que eres incrédula! Tener a tu esposo dentro y decir todavía que no ha de volver a tu casa... Mira, te doy una señal: la cicatriz... ¿Quieres más? Pues te apuesto mi vida»... Y la resistencia de Penélope se derrumba. La débil resistencia... «Difícil es que distingas las artes de las deidades... Pero, en fin, vamos a mi hijo, para que vea yo a los pretendientes muertos, y al que los mató...» ¿Puede más hábilmente decir que se da por vencida sin decirlo? Por algo el poeta repite tantas veces *περίφρων Πηνελόπεια* «la prudente Penélope».

Porque su prudencia todavía no ha acabado.

c) *Expectación.*

«Así diciendo bajó del alto aposento. Mucho discurría en su corazón si apartada interrogaría a su querido esposo o acercándose le besaría la cabeza y le cogería las manos. Cuando entró y pasó el umbral de piedra se sentó enseguida frente a Ulises a la luz de la llama, en el muro opuesto. El estaba sentado junto a la alta columna mirando para abajo, esperando si le decía algo la egregia esposa, una vez que le viese con los ojos. Pero ella en silencio seguía largo tiempo sentada, de pasmo sobrecogido el corazón. Con los ojos unas veces le miraba cara a cara, y otras le desconocía con tan míseros vestidos.

¡Qué situación tan magnífica para pintar el carácter de Penélope! Ella como Ulises—tal para cual—piensa mucho los pros y los

contras antes de actuar. ¿Esperaré todavía más? ¿Le abrazaré? Estas dos alternativas pesaba y ponderaba mientras bajaba las escaleras—ya casi o sin casi vencida, puesto que «pensaba si besar a su esposo»... —pero para agotar los últimos residuos de la prudencia todavía se reserva más... Su posición frente a Ulises a la luz de la llama, a cierta distancia para mirarle y reconocerle mejor, unas veces queriéndole reconocer con su mirada escrutadora, otras veces perdiendo su parecido tras los míseros harapos, y todo en silencio, mientras Ulises mira también silencioso a tierra sentado junto a la alta columna y siempre esperando... es una pintura magistral de la situación y de los personajes. Son los últimos reductos de la prudencia, son las últimas reservas de la fidelidad, son los últimos latidos del corazón contenido, son las últimas miradas que quieren sorprender en aquel hombre la imagen que lleva esculpida en su corazón. Y unas veces le parece que es, y otras que no es... ¿Puede pintarse mejor este crescendo psicológico que está ya próximo a su fin?

El empujón lo da Telémaco que, desconcertado ante aquella lentitud, dice malhumorado a su madre: «Madre mía, mala-madre, hosca de corazón, ¿por qué estás así apartada de mi padre y no te sientas junto a él y le preguntas con palabras e interrogas? No habría otra mujer que estuviese así conteniendo su corazón separada de su marido, que después de sufrir mil calamidades la hubiese llegado al vigésimo año a su tierra patria. Pero tú siempre tienes el corazón más duro que la piedra».

Y la prudente Penélope le contestó: «Hijo mío, mi corazón está sobrecogido de admiración y no soy capaz de dirigir una palabra ni preguntar, ni mirar cara a cara de frente. Pero si de veras ya es Ulises y ha llegado a casa, descuida, que nosotros nos sabremos reconocer mutuamente y mejor: porque tenemos contraseñas secretas que sólo nosotros sabemos y nadie más»...

Así dijo, y se rió el de tanto aguante divinal Ulises, y enseguida dijo a Telémaco estas aladas palabras: «Telémaco, deja a tu madre que me pruebe en el palacio: pronto lo verá mejor. Ahora como voy sucio y llevo estos malos harapos, por eso me tiene en menos y no cree todavía que soy él»...

* * *

Hemos llegado al límite de la expectación. Telémaco apoya la obra de Euriclea hablándola claramente «de su padre»—él no duda—y riñéndola porque no se acerca y no habla a «su marido». Y ella como última excusa y razón se acoge a que está «como atontada»... ¿Puede quedar ya menos de resistencia? ¿Puede decir mejor que su corazón ya no puede aguantar más? Sólo falta ya una cosa para sellar el reconocimiento latente, o mejor patente, en estas palabras. La contraseña secreta que los dos tenían para reconocerse sin dudar en todo tiempo. Contraseña que demuestra una vez más su prudencia y que hace sonreír a Ulises por ser testigo de la discreción y escrupulosa fidelidad de su esposa, a quien defiende suave y humorísticamente: «Déjala que me pruebe con la contraseña. Pronto lo sabrá y mejor»... Ahora—parece decir—ya lo sabe, pero mal... Como estoy tan sucio...

Ya no queda, pues, más que la contraseña. Es decir, el reconocimiento total. Pero como el momento va a ser tan sensacional, el poeta lo quiere preparar idealizando un poco y quiere dejar descansar también al oyente distrayéndole un poco para luego entrar otra vez de refresco en esta corriente emotiva. Las posiciones en que se ha ido replegando la prudencia de Penélope han sido tres: 1.^a Tú me engañas.—2.^a ¿No será algún dios?—3.^a Estoy como atontada.—Y falta la 4.^a: La contraseña lo decidirá.

Descanso y preparación

«Nosotros —sigue Ulises hablando a su hijo— veamos cómo todo se arregle lo mejor. Porque aun uno que ha matado un sólo hombre en un pueblo, aunque éste no deje muchos vengadores detrás, huye abandonando a sus parientes y su tierra... Y nosotros hemos matado al sostén de la ciudad, a la flor de la juventud de Itaca. Esto te pido que consideres»...

Telémaco sensato le contestó: Tú eres quien lo tienes que ver, padre querido, porque tu ingenio dicen que es único entre todos los hombres, y no hay otro ninguno entre todos los mortales que pueda compararse contigo. Nosotros te seguiremos decididos, y no creo que nos falte valor, mientras no falten las fuerzas.»

Es el panegírico del ingenioso Ulises hecho por el hijo, después de ser testigo de la asombrosa hazaña de su padre: No hay ingenio como el tuyo... Por eso Ulises previsor quiere prevenirlo todo. La matanza de los pretendientes ya terminó, pero las consecuencias no

han comenzado... Piensa... —dice el padre al hijo—. Para eso tú —contesta el hijo al padre— Como tú ninguno... ¿Y qué piensa el «ingenioso» Ulises? Oigámoselo a él decir a su hijo: «Pues bien, yo te diré cómo me parece que es mejor. Primero laváos y ponéos vuestras túnicas y pedid a las criadas en las salas que se vistan sus trajes. Luego el divino aedo con su penetrante cítara nos marque el ritmo de la saltadora danza, para que alguno crea que es una boda al oír desde fuera, sea que pase por el camino, sea que viva aquí cerca. Que no salga ántes por la ciudad la corredora fama de la muerte de los pretendientes, ántes de que nosotros salgamos fuera a nuestro huerto de muchos árboles. Allí consideraremos después los nuevos recursos que el Olímpico nos inspire.»

Así dijo, y ellos le prestaron pronto oído y obedecieron. Primero, pues, se lavaron y pusieron las túnicas y se compusieron las mujeres. Y el divino aedo cogió la cóncava lira, y excitó en ellos el deseo del dulce canto y la impecable danza. Y les gemía la grande casa por los pies de los hombres que saltaban y de las mujeres con gracia ceñidas. Y así iba diciendo alguna, fuera de las puertas oyendo: «Seguramente, a que ya se ha casado con alguno la reina de tantos pretendientes... ¡Desalmada! Ni ha tenido aguante para guardar la grande casa de su primer esposo hasta su vuelta. Así iba diciendo una, y no sabían cómo se había tramado».

Variedad, ingeniosidad, descanso... Tal es el espíritu de este interludio. Pero como siempre en Homero, sin perder el tiempo. Es celebrar el triunfo y regocijar el palacio, es vestirse de fiesta y cantar y bailar, es evitar que la gente se entere de la matanza hasta que ellos vayan al campo, es cantar la fidelidad de Penélope ahora que está a punto de triunfar... «¡Alguno se ha casado con la reina! ¡Desalmada! No ha tenido aguante para esperar a su primer marido»... Nosotros que sabemos lo que aguanta y lo que ha aguantado, admiramos más su constancia por este comentario. No sabían lo que pasaba...

2. En el reconocimiento

Como el momento es sublime, el poeta —según su costumbre— va a idealizarlo. Es el nimbo de luz que él suele poner a estos cuadros. Idealización que va a consistir en la transformación y embellecimiento de Ulises «para que Penélope por verle con sucios vesti-

dos no le tenga en menos» y le reconozca. Idealización que está preparada también —según costumbre de Homero— por el ponerse de fiesta de los que han intervenido en el baile. Ahora es Ulises quien va a ponerse de fiesta.

«Mientras tanto al magnánimo Ulises le lavó en su casa Eurínome —la ama de llaves— y le ungió con aceite, y le puso manto hermoso y túnica. De su cabeza derramó gran belleza Atenas y le hizo más grande a la vista y más fuerte. De su cabellera hizo pender ondulados cabellos, parecidos a la flor del jacinto. Como cuando uno derrama el oro en la plata, uno de esos orfebres que el mismo Hefesto y Palas Atenas enseñara toda clase de artes, y preciosas son las obras que hace,... así derramó la gracia por cabeza y hombros. Y del baño salió en el cuerpo parecido a los inmortales»... Preciosa idealización que abarca el vestido y el cuerpo —con la blanda cabellera como la flor del jacinto y la bella comparación del artista con arte divino— para hacerle salir del baño parecido a un inmortal... ¿Puede darse mayor nimbo de luz? Ya está preparado para el reconocimiento oficial. Por eso ahora va a ser él el que tome la iniciativa.

* * *

«Entonces se sentó otra vez en el sillón de donde se había levantado, frente a su mujer, y se dirigió a ella diciendo: «Desdichada, a tí más que a ningún otro ser femenino te han dado los que habitan las Olímpicas moradas un corazón inquebrantable. Ninguna otra mujer aguantaría así en su corazón apartada de su marido que después de sufrir muchos pesares le hubiese venido en el vigésimo año a la patria tierra. Pero, ea, ama, prepárame la cama para que yo me acueste, porque ésta tiene un corazón de hierro».

Entonces le dijo la prudente Penélope: «Infeliz, no es por orgullo ni por desprecio ni por excesiva admiración. Sé muy bien cómo eras cuando te fuiste de Itaca en la nave de largos remos. Pero, ea, prepárale, Euriclea, la firme cama fuera del seguro tálamo, que él mismo hizo. Llévale allí la firme cama y échad la ropa —velones, colchas y mantas relucientes.

Así dijo probando a su esposo. Pero Ulises enfadado dijo a su esposa que tan bien discurría: «¡Ah mujer! punzadora palabra es esa que has pronunciado. ¿Quién ha cambiado mi lecho? Difícil le hubiera sido aun al más habilidoso, si un dios en persona no hubiese

venido para ponerle con facilidad en otra parte si hubiese querido. Pero de los hombres ningún ser viviente, ni el joven más joven, le moviera fácilmente, porque aquel lecho se hizo con un gran secreto de fábrica. Y le hice yo y ningún otro. Había salido dentro del patio un tronco de oliva de ancha copa, lozano, frondoso, y era ancho como una columna. A su alrededor fuí construyendo el tálamo hasta que lo terminé, con piedras compactas, y le teché bien por arriba, y le puse unas puertas bien justas que cerraban en firme. Entonces corté el follaje de la copuda oliva, desvasté el tronco desde la raíz, y le alisé alrededor con la azuela, bien y con arte, y le corté a cordel transformándole en pata de la cama, y le taladré todo con el barrenó. Partiendo de esta pata fuí completando el catre hasta que lo terminé. Y lo decoré con oro, plata y marfil. Y tendí de parte a parte correas de buey, brillantes, de púrpura. Este es el secreto que te doy. Y no sé si todavía está firme, mujer, mi lecho, o si alguno de los hombres le ha puesto ya en otro sitio, cortando por debajo el pie de la oliva».

Así dijo, y a ella al instante le flaquearon las rodillas y el querido corazón, al reconocer las señales tan categóricas que la daba Ulises. Y llorando enseguida corrió derecha y echó las manos al cuello de Ulises y besó su cabeza y le dijo: «No te enfades conmigo, Ulises, ya que ántes eras el más prudente de los hombres. Pero los dioses nos dieron pesares, envidiosos de que quedásemos juntos gozando de nuestra juventud hasta llegar al umbral de la vejez. Por eso no te irrites conmigo ni te enojés, porque al principio, en cuanto te ví, no te mostré así mi amor. Porque siempre mi ánimo en mi querido pecho se horrorizaba no viniese alguno de los mortales y me engaÑase con sus palabras. Porque muchos idean malas maÑas. Que ni la argiva Helena, hija de Zeus, se hubiese ido nunca con un hombre extranjero si hubiese sabido que de nuevo los belicosos hijos de los Aqueos la habían de volver a su casa a la querida patria. Pero una deidad la impulsó a cometer acción tan indigna: que ántes ella nunca había dado cabida en su corazón a la culpa lamentable, de la que también a nosotros nos vino el primer dolor. Pero ahora —como ya me has dado las señales evidentes de nuestra cama, que ningún otro mortal había visto, sino sólo tú y yo y una sola criada, Actoris, que me dió mi padre al venir acá, la que nos guardaba las puertas de nuestro fuerte tálamo—, ahora ya persuades mi corazón, a pesar de su mucha dureza».

Así dijo, y a él le excitó todavía más el deseo de llorar. Y lloraba teniendo a su esposa querida, que tan bién discurría. Como cuando suspirada tierra aparece a los naufragos, cuya nave bien hecha destrozó Poseidón en el ponto combatida del viento y de la ola apretada —pocos huyen del mar blanquecino hacia tierra nadando, mucho sarro críase en su carne, y bienvenidos se posan en tierra del mal escapados— así, ¿cómo no?, a la esposa bienvenido le era el esposo que estaba mirando, e imposible apartar de su cuello los brazos tan blancos.

Y llorando los hubiera cogido la de dedos de rosa, la aurora, si no hubiera tenido otra idea la de ojos brillantes, Atenas. A la noche la contuvo —¡qué larga!— allá en lo más lejos, y a la aurora de trono de oro la paró en el Océano, ni dejola uncir los caballos de pies tan veloces, los que llevan la luz a los hombres, Lampo y Faetonte, los dos potros que llevan la aurora»...

* * *

Adrede no hemos querido interrumpir esta incomparable escena. Toda ella se basa en la contraseña anunciada poco antes: «Si éste es de veras Ulises, ya nos reconoceremos nosotros mejor que nadie, pues tenemos contraseñas secretas que sólo nosotros sabemos.

Ha llegado la hora de la contraseña única y última prueba contundente. La provoca el mismo Ulises reprendiendo a su mujer de dura: «la más dura de todas las mujeres», teniendo a su marido delante. Y manda a su ama que le prepare su cama... Es el momento que espera Penélope, el momento de la contraseña. —¿Su cama? Sí, «preparasela fuera del tálamo que él mismo hizo». Allí vais a sacar el catre fuerte. —¿Cómo sacar el catre? ¿Quién lo ha cortado? —Es la palabra mágica. Este es Ulises que sabe que el catre era fijo. Y él sólo lo sabe... Así se hace la anagnórisis, la anagnórisis de la contraseña secreta, la anagnórisis de la prudencia...

Pero hábilmente el poeta la va ya apuntando, hábil y delicadamente: «No es por orgullo ni por desprecio ni por admiración demasiada, que bien sé yo cómo eras cuando saliste de Itaca»... ¡Bien sé yo cómo *eras!*... En este hablarle en segunda persona ¿no se está ya traicionando? ¿No está diciendo que ya cree que él es Ulises? Lo mismo: «ponedle el catre fuera del tálamo que él mismo hizo». ¿No está diciendo que cree que éste es Ulises? Pero hacía falta la prueba

oficial, convenida por lo menos implícitamente entre ambos esposos: la prueba del lecho nupcial. Prueba que hábilmente, con habilidad femenina, le sacó Penélope, despertando sus celos. «Poned el catre fuerte fuera del tálamo»...

¡Cómo! exclama Ulises herido al oír a su esposa «que tan bien discurría». ¿Quién que no sea un dios ha podido cambiar de sitio mi lecho? Y cuenta cómo le hizo con todos sus pormenores: el lecho y el tálamo nupcial. Como aquí desempeña una misión de personaje principal, Homero conforme a su costumbre nos da su genealogía, como hizo en la *Iliada* con el muro de los aqueos. Y precisamente en esta genealogía del lecho nupcial está la contraseña: «Esta es la contraseña que te doy... Porque yo sólo le hice y ningún otro».

La prudencia de Penélope ya ha llegado a su fin. Ya es hora de que el corazón rebese todas las compuertas, y rebasa con tanto más caudal cuanto más se ha contenido. Lágrimas, abrazos, besos... y también sinceraciones: «Dispénsame que no te haya recibido así al principio. ¡Tenía tanto miedo de que alguien me engañase! No quería ser otra Helena. Pero ahora, ante esta contraseña por sólo nosotros conocida, mi corazón ya se doblega, este corazón tan duro»... Y lloraba ella y hacía llorar más a Ulises, ante aquel ejemplo heroico de fidelidad y de prudencia de aquella su esposa «que tan bien discurría»... Como besan los náufragos la tierra deseada, así besaba aquella esposa a su esposo tan deseado. No era orgullo, no era desprecio ni admiración excesiva, era deseo de una prueba evidente, era prudencia. Ahora se ve bien claro. Por eso el poeta idealiza este rebosar del corazón contenido, y para dar tiempo a que se desahogue detiene la noche, contiene la aurora y no la deja uncir sus caballos, para que no los encuentre la luz todavía llorando...

Magnífico canto a la virtud, sublime himno a la fidelidad conyugal y a la prudencia. Así se rompe la presa contenida durante doscientos versos... Contenida por aquellas cuatro compuertas: Tú me engañas. —¿No será un dios? —Si estoy atontada. —Lo contraseña lo decidirá.

3.º Después del reconocimiento.

El poeta va a completar el retrato de Ulises y de Penélope. Parece que ya debía tener fin el aguante del uno y la fidelidad y cons-

tancia del otro, pero por uno de esos contrastes hirientes de Homero todavía van a aparecer nuevas pruebas y bien costosas para los dos. Y precisamente el poeta las pone aquí en choque trágico con la alegría del momento y como última piedra de toque de las virtudes más típicas de ambos.

Ulises, el de «tanto aguante», el de «tantos recursos», todavía tendrá que seguir aguantando y discurrendo en otra aventura que tendrá que realizar por esos mundos... antes de poder vivir en su hogar tranquilamente. Y Penélope «la mujer prudente», la esposa fiel y casta, todavía tendrá que seguir discurrendo—ella que tan bien discurría—para conservar su fidelidad otro tanto, hasta que vuelva su esposo de la nueva aventura. Manifestarnos el temple de estos buenos esposos, los quilates de su virtud conyugal, es lo que pretende el poeta en estos versos. Temple por el futuro y temple por el pasado. Por eso primero contará lo que tienen que sufrir, y luego lo que han sufrido... por su fidelidad.

a) *Por el futuro.*

«Y entonces por fin dijo a su esposa el de tantos recursos Ulises: «O mujer, porque aún no hemos llegado al término de todos los trabajos, sino que aún todavía nos quedan fatigas inmensas, muchas, difíciles, que yo tengo absolutamente que realizar. Pues así me lo profetizó el alma de Tiresias aquel día en que ya bajé adentro de la casa de Hades, a consultar la vuelta de mis compañeros y la mía misma. Pero sígueme, vayamos a la cama, mujer, para que ya bajo el dulce sueño gozemos acostados».

Y le dijo a su vez la prudente Penélope: «Tu cama, cierto, la tendrás preparada cuando tu ánimo lo quiera, ya que los dioses han hecho que volvieras a tu casa bien construída y a tu patria tierra. Pero ya que lo has indicado y un dios te lo ha puesto en tu ánimo, dime ese trabajo, puesto que algún día, sin duda, lo tengo que saber, y el saberlo cuanto antes no es peor.

Y contestándola la dijo el ingenioso Ulises: «Desdichada, ¿porqué me pides ahora con esa insistencia que te lo cuente? Pero en fin, yo te lo contaré y no te lo ocultaré. No se alegrará tu ánimo—como ni yo mismo me alegro, porque a muy muchas ciudades de hombres me mandó que fuese, llevando en las manos manejable remo, hasta que llegase a unos hombres que no entienden de mar, ni comen co-

mida mezclada con sal, ni conocen las naves de rojas mejillas ni los manejables remos, esas alas que llevan las naves. Y me dió esta contraseña bien clara, que no te ocultaré: Cuando ya me encuentre otro caminante y me diga que llevo una aventadora al hombro, entonces me dijo que tenía que clavar en tierra el remo y ofrecer puros sacrificios a Poseidón —un carnero, un toro y un cerdo— y que me volviese a mi casa y ofreciese sagradas hecatombes a los inmortales dioses que habitan el ancho cielo, a todos muy en orden. La muerte me vendrá a mí del mar, suavísima ella, que me acabará cargado con brillante vejez. Y a mi lado los pueblos serán felices. Todo esto me dijo que se cumpliría.

Y a su vez le dijo la prudente Penélope: «Si ya la vejez por lo menos los dioses te la han de conceder mejor, esperanza hay de que algún día has de escapar de los males»...

Es ya la más alta tensión a que puede llegar el aguante de Ulises y la fidelidad de su esposa, que se pasan la vida sufriendo y esperando el día en que puedan vivir juntos tranquilos. Ahora parece que iba a empezar ese momento, después de veinte años de sufrimientos y de espera, pero resulta que lo pasado no es más que el primer acto del drama, y falta el segundo, tan largo y trabajoso como el primero. Sorprende la resignación del paciente Ulises al dar la noticia a su esposa y sorprende mucho más todavía la resignación de su esposa, que responde como quien está ya muy hecha a sufrir y a esperar: «¡Qué se va a hacer! Si siquiera la vejez ha de ser feliz, más vale tarde que nunca»... Como la contraseña del lecho caracteriza al ingenioso Ulises, así esta contraseña del remo caracteriza al paciente Ulises y a la fiel Penélope.

¿Pero qué significa esta prueba del remo? ¿Una especie de expiación al dios del mar, Poseidón, irritado con el héroe desde que le cegó al Ciclope, su hijo? En este caso, el sacrificio de Poseidón en aquellas remotísimas regiones donde tanto desconocen el mar que confunden el remo con una aventadora, supondría la expiación por parte de Ulises, al llevar el conocimiento y el honor del dios del mar a los más lejanos países. Es la proyección poética de aquellos primeros versos de la Odisea: «Pero cuando ya llegó el tiempo en que los dioses determinaron que volviese a su casa, a Itaca, ni entonces se vió libre de trabajos, aun entre sus íntimos. Todos los dioses le compadecían menos Poseidón, que éste siempre estaba persiguiendo al divino Ulises antes de llegar a su patria»...

b) *Por el pasado.*

El poeta hábilmente ha dividido la narración de los trabajos del fiel Ulises por volver a su hogar—correspondidos por la fidelidad de su esposa—en dos partes, separadas para variedad por una pequeña narración. El engranaje técnico de su colocación revela ingenio. «O mujer, como aún no hemos llegado al fin de nuestros trabajos, sino que aún nos queda mucho que pasar, vamos a descansar un poco. —Descansar cuando tú quieras, pero ya que me has indicado eso de los trabajos—y por necesidad lo he de tener que saber algún día—, ¿qué inconveniente hay en que me lo digas ahora? —Y mientras las criadas preparaban la cama, conforme a la manera homérica de llenar los vanos de tiempo, la cuenta los trabajos futuros. Terminados los cuales van a descansar. Y luego cuando están descansando la cuenta los trabajos pasados... conforme siempre a la manera homérica de empezar por lo último y acabar por lo primero.

«Así hablaban ellos uno con otro. Mientras tanto Eurínome y la nodriza prepararon la cama con mu'lidias colchas, a la luz de brillantes antorchas. Pero cuando hicieron la fuerte cama tan diligentes, la anciana se fué de nuevo llevando una antorcha en las manos. Y habiéndolos introducido en el tálamo, ella también se fué. Gustosos llegaron ellos al sitio de su antiguo lecho. Telémaco también y el boyero y el porquerizo pararon los pies de la danza e hicieron parar a las mujeres y se fueron ellos a descansar por los sombríos salones».

Después de este breve trozo descriptivo —tan típico del acostarse casero en el que el poeta nos completa el nuevo dato de la camarera, que no era Euríclea sino Eurínome, sin duda por muerte de Actoris antes nombrada— después de este breve trozo descriptivo que corta y varía la narración, vuelve el poeta a la narración de lo que los dos esposos tuvieron que sufrir aquellos veinte años para ser fieles. Estudiado así de cerca, llama la atención el arte de Homero aun en sus mínimos detalles: cómo todo lo tiene pensado y pesado de modo que produzca el mayor efecto artístico posible. Por ejemplo, ¿por qué ha puesto aquí estos trabajos futuros que acaba de contar y no los ha dejado para el fin? Porque al fin, terminada la acción del poema, hubieran resultado un pegote. Ahora en cambio, como contraste y nueva vuelta de tuerca, le sirven magníficamente para tensar hasta lo increíble la nota de la paciencia y la

fidelidad. Así ya lo tiene dicho de avance, y cuando llegue el fin ya no lo tiene que decir. Algo así como en la Iliada adelante al presentar el muro en el canto XIII lo que ha de suceder con él después de la guerra, cosa que dejada para el fin hubiera resultado un pegote. Otro ejemplo: ¿No hemos visto antes la contraseña de Ulises? ¿Y por qué precisamente esa contraseña? Por la sintonización que tiene con la finalidad de que se trata y con la persona de que se trata. ¿Qué contraseña más oportuna para identificar a un esposo que la del lecho conyugal? ¿Y qué contraseña más oportuna para caracterizar al ingenioso Ulises que un lecho conyugal y un tálamo tan ingeniosamente hechos? Así en Homero todo está sabiamente dispuesto, o mejor inspiradamente, y de aquí proviene su economía poética inimitable donde nada se pierde y todo produce el máximo.

* * *

Así ellos descansando disfrutaban en contarse sus trabajos. «Ella lo que había aguantado en el palacio—la mujer sin igual—teniendo que ver la destructora turba de los pretendientes que por su causa habían degollado tanto ganado—bueyes y gordas ovejas—y habían vaciado tantos barriles de vino. Ulises— de raza de Zeus—todas las molestias que había causado a los hombres y todas las que él había tenido que sufrir y aguantar. Todo se lo contó, y todas las que había sufrido. Y ella se gozaba oyéndolo, ni la cayó el sueño en los párpados antes de que se lo contase todo». Y ahora sigue un resumen de todas las peripecias de Ulises, resumen de 43 versos, donde nos da el esquema de todo lo que contó en el palacio de Alcínoo en cuatro cantos. ¿Por qué pone el resumen de los trabajos de Ulises y no pone el de los de Penélope? Porque los de Penélope ya se los contó ella misma en extenso en el canto 19, y a Homero «le molesta el volver a repetir sin necesidad lo que ya está bien dicho», (12, 453). En cambio los trabajos de Ulises—los auténticos—no los conoce todavía Penélope, pues los que entonces la contó, por guardar el incógnito, eran fingidos. Por eso Homero los coloca aquí en el descanso, como un eco de la tormenta pasada, como un rápido recuerdo de todo lo que hemos visto y pasado. *Forsan et haec olim meminisse iuvabit...* Este es el encanto estético que produce en el lector este resumen aquí colocado: de grato recuerdo, de mayor impresión de descanso por el contraste, y de confirmación de sus no-

tas de ingenio y de fidelidad al verle salir airoso y constante de tantas dificultades y de tan envidiables proposiciones como las de la diosa Calipso. Que por eso el poeta resalta esta nota tan oportunamente en tan breve resumen.

«Comenzó cómo primero venció a los Cícones y luego llegó a la fértil tierra de los que comen loto. Y qué cosas hizo el Ciclope, y cómo se las cobró Ulises por los buenos compañeros que comió sin tener pena. Y cómo llegó a Eolo, que le recibió amable y le despidió, pero no estaba del hado que volviese todavía a la patria querida, sino que le arrebató otra vez la tormenta por el mar donde nadan los peces gimiendo muy alto. Y cómo se fué a Telépido, ciudad de los Lastrigones, que le rompieron las naves y a sus compañeros todos, y sólo Ulises escapó en su negra nave. Y contó el dolo y múltiples artes de Circe, y cómo llegó a la casa espaciosa del Hades, a consultar el alma del tebano Tiresias, en nave de muchos bancos, y vió a todos sus compañeros y a su madre, que le dió a luz y le crió siendo niño. Y cómo oyó la voz de las seductoras Sirenas, y cómo llegó a las Piedras Erráticas y a la terrible Caribdis y a Escila, que nunca todavía evitaron indemnes los hombres. Y cómo mataron las vacas del sol sus compañeros, y cómo hirió la rápida nave con rayo de azufre Zeus que brama en lo alto, y perecieron sus bravos compañeros todos juntos, y él escapó de la parca terrible. Y cómo llegó a la isla Ogigia y a la ninfa Calipso que ya le retuvo deseando que fuese su esposo en las cuevas profundas, y le daba de comer, y le decía que le haría inmortal y sin vejez todos los días. Pero a él nunca le persuadió el corazón en su pecho. Y cómo llegó a los Feacios tras muchos pesares, que cierto le honraron sin límites de corazón como a un dios, y le mandaron con una nave a su patria tierra querida, dándole bronce, oro y vestidos con toda abundancia. Esta fué la postrera palabra que dijo, cuando le asaltó el dulce sueño que desata los miembros, soltando las preocupaciones del ánimo».

Aquí termina propiamente el reconocimiento de Penélope, rapsodia eminentemente psicológica, donde se estudia un carácter cumbre y se pinta una virtud heroica. Es maravillosa su sencillez de líneas que se caracteriza por el crescendo de su verificación o mayor certidumbre de Penélope en la identificación de su esposo. Es también admirable la sencillez de elementos. En la primera parte sólo intervino Euriclea y Penélope, en la segunda Telémaco y Penélope, en la tercera Ulises y Penélope. Toda ella va continuada, como quien

dice, de una sola pieza, desde el principio hasta el fin, sin duda por su gran interés psicológico intrínseco, sin más corte de variedad que el baile y la idealización de Ulises que precede al reconocimiento. Y aun ésto íntimamente ligado al asunto. Lo que queda ya no es más que adelantar algún dato como el de la compensación —que no pegaría bien al fin—, y preparar ya la trama de la rapsodia siguiente.

* * *

Y ella discurrió otra cosa, la diosa de brillantes ojos Atenas. Cuando ya creyó que Ulises había descansado bastante, enseguida sacó del océano la de dorado trono madrugadora Aurora para llevar la luz a los hombres. Levantóse Ulises de la cama blanda y dijo a su esposa: «O mujer, ya nos hemos hartado bien de trabajos los dos, tú aquí llorando mi vuelta tan calamitosa, mientras a mí Zeus y los demás dioses a pesar de mis ansias me tenían atado con penas lejos de mi patria. Pero ya una vez que ambos hemos llegado al lecho tan deseado, cuídame mis riquezas en el palacio, que las reses que los pretendientes soberbios me mataron, muchas yo mismo las conseguiré como botín y otras me darán los Aqueos, hasta que llenen todos mis establos. Y ahora, mira, yo voy al huerto de muchos árboles a ver a mi padre tan bueno, que por mí siempre ha estado tan triste. Y a tí, mujer, una cosa te encargo, aun prudente como eres, porque enseguida saldrá la fama con el sol naciente de los hombres que te pretendieron, que maté en el palacio. Sube a las habitaciones de arriba con las mujeres tus criadas, y estate allí sentada sin mirar ni hablar con nadie.»

Dijo, y se puso a los hombros hermosas armas, y despertó a Telémaco, al boyero y al porquerizo, y les pidió a todos que cogiesen armas de guerra en sus manos. Y ellos no le desobedecieron: se armaron de bronce, abrieron las puertas y salieron. De jefe iba Ulises. Ya había luz sobre la tierra, pero Atenas ocultándolos en noche con rapidez los sacó de la ciudad.

Rapsodia de desahogo puede llamarse este canto que desata como el sueño las preocupaciones del alma. Rapsodia gemela del canto 23 de la *Ilíada*, donde después de la muerte de Héctor, viene también el desahogo relajador de los juegos. Es el secreto de la poesía relativa, de Homero, donde el valor de los cantos, si es grande en sí, es todavía mucho mayor por el puesto que ocupan en el poema. ¡Lo que hubiera perdido esta rapsodia puesta antes de la matanza de los pretendientes! Pues todo eso gana puesta aquí...

ENRIQUE BASABE, S. J.